

Rito de iniciación

Akito había soñado toda su vida con pertenecer al hampa. No ansiaba comandar una de las poderosas familias que gobernaban los designios del país, pero sí participar en una. Quería ser miembro de algún sindicato del crimen en la ciudad. Vivía en Tokio, un lugar que goza de oportunidades para las personas que quieren dedicarse a esta lucrativa actividad. Era su destino. Y tenía que realizarlo sin importar cuándo o cómo.

Su carrera al margen de la ley empezó a acuñarse a una edad temprana, cuando entraba junto a sus amigos en la tienda de comestibles de su calle para robar helados y chocolates. Un día, el dueño los atrapó con las manos en las mercancías y les dio un severo correctivo: diez azotes a cada uno y una llamada a sus familias, que, llegada la hora y para honrar la tradición, añadieron unos cuantos garrotazos al trabajo del tendero. Era una desgracia para la familia que uno de sus vástagos se dedicara a la poca reputada tradición del hurto. Pero todo era susceptible de empeorar y, con el tiempo y los vicios de occidente, la mentalidad de la gente cambió; aceptaron la creación de una mafia hecha a medida de Tokio.

No pararon ahí las andanzas del curioso muchacho que, en vez de amedrentarse por las iniciativas familiares, siguió ambicionando una vida dentro del crimen organizado. Creó una banda de mequetrefes que daba pequeños golpes a los comercios y hostelería local. Cuando hubo amasado dinero, se dedicó a la usura: prestaba dinero a los amigos y familiares de amigos a cambio de un alto interés. Los tiempos eran duros en aquella época en la ciudad y había que hacer caja como fuera.

Un amigo, desesperado por la acuciante situación económica de la familia, decidió hacer negocios con Akito y pedirle prestado diez mil yenes. La desgracia no abandonó a la familia y el bienintencionado muchacho quedó a merced del usurero al no poder devolver el dinero en los plazos establecidos. La reacción de Akito y su séquito no se hizo esperar. Un día, a la salida del instituto, lo esperaron en una esquina antes de llegar a su casa, lo rodearon y le dieron tal paliza que el chico necesitó meses para recuperarse.

La voz corrió por el barrio y el nombre de Akito Nakamura se creó una reputación que, nada más mentarlo, ponía los pelos de punta.

El éxito de la usura dio pie a la diversificación del negocio. Siguiendo los modelos occidentales, chantajeó a los restaurantes. No quería robarles, eso reportaba mucha molestia; él quería cobrar sin trabajar. Prestaban *protección* a los negocios ante un peligro que no existía, si se exceptuaba el de su cuadrilla. Bares, restaurantes, tiendas, peluquerías y demás negocios habían de pagar un impuesto para seguir trabajando y que su actividad se desarrollara sin mayores complicaciones.

La mayoría de los comercios cumplieron vicariamente, pero una minoría se negó: era algo inaudito en los tiempos en que estaban y desafiaba la tradición que sus antepasados habían seguido durante decenios. Este grupo de emprendedores se reunió y decidió hacer frente al ambicioso prestamista.

La respuesta de Akito y sus compinches no tardó en llegar. Una noche, un grupo de enviados se presentó en un local y le prendieron fuego. El lugar quedó devastado en cuestión de minutos. Los dueños fueron apaleados, despojados de las ropas y abandonados en mitad de la calle. El mensaje llegó claro a los demás comerciantes que se rebelaron. Al día siguiente al suceso, estaban dentro de su nómina.

Era el momento de dar un paso hacia adelante; el barrio se le quedaba pequeño. Y la oportunidad vino a buscarlo una noche en una *izakaya* de su zona. Akito conoció a un miembro de la Yakuza con rango de capitán, Junichi Inugami. Se hallaban sentados juntos en la barra del bar, degustando unos *takoyakis*. Las risas dieron paso a unas palabras y a una conversación que la cerveza hacía cada vez más interesante. El miembro de la mafia hizo las pertinentes pesquisas y una llamada le corroboró la reputación de la que Akito había presumido durante toda la noche. Junichi le preguntó sobre sus expectativas de futuro y Akito le contestó que su sueño desde pequeño había sido pertenecer a una organización mafiosa como la que él representaba. Junichi le explicó que su *compañía* siempre estaba interesada en ingresar en filas a gente cualificada, si bien, tenía que contar primero con la opinión de sus superiores.

Junichi lo llamó a la semana siguiente con la buena nueva de que lo habían aceptado para formar parte de la organización a través de una ceremonia que se celebraría en un local que ellos designaran.

El gozo de Akito era grande; no podía dar crédito a lo que había oído. Ibar a formar parte de la Yakuza, lo no estaba al alcance de muchos ciudadanos. Algo a lo que muchos como él aspiraban, pero a la que pocos accedían. Bendijo el día en que conoció a Junichi, el que logró que su sueño se convirtiera en realidad.

El día de la ceremonia llegó. Un grupo de miembros de diferentes rangos de una de las familias de la Yakuza, los Yamaguchi, lo esperaban en un salón grande en la parte de atrás de un restaurante de poca monta de la ciudad. Todos con trajes azules, elegantes.

En el centro de la sala, había una mesa de bar alta con una plataforma no más grande que un plato y una espada de samurái al lado. Uno de los miembros hizo una pequeña introducción sobre los valores de la familia Yamaguchi, sus objetivos y lo que significaba ser un *guerrero*. Había que darlo todo por ella, hasta la muerte si fuera necesario. Ese era el primer y el último capítulo del libro de estilo.

Un miembro se acercó a Akito, lo agarró de la mano y lo invitó al centro de la sala, donde se encontraban la mesita alta y la espada. El corazón se le encogió al pensar en lo que pudieran hacerle. Sabía que en todas las organizaciones criminales había un rito de iniciación, pero nunca pensó lo lejos que podían llegar. Incluso temió por su vida. El miembro de la familia colocó la mano de Akito en la mesa y le ordenó que cerrara el puño menos el dedo índice. Con un movimiento parsimonioso cogió la espada y golpeó el dedo de Akito, que quedó medio desprendido de la mano. Un auxiliar le pasó una navaja afilada y lo invitó a que terminara el rito. La tomó, y entre lágrimas y terror, procedió con obediencia. Una vez terminado, el auxiliar le dio un trapo blanco para que detuviera la hemorragia. Los miembros de la familia interrumpieron con aplausos y descorcharon botellas de sake.

—Para formalizar tu ingreso en nuestra familia —dijo un hombre en tono severo—, te pedimos una cosa más. En el plazo de una semana, debes asesinar a un familiar tuyo. Puedes escoger a la persona, el momento y la forma, y también rechazar nuestra propuesta. Si lo haces, nunca podrás ingresar en nuestras filas. Tienes un día para pensártelo.

La ceremonia terminó, y Akito se marchó triste y hundido a casa. Nunca pensó que formar parte de la mafia japonesa sería de esta manera. Había rumores sobre la dureza de los ritos de iniciación y de los requisitos, pero esto era algo que se le escapaba.

Pasó el día siguiente confundido y, aunque en un principio era reticente a convenir con la propuesta de la familia, su sentido práctico y malvado de la vida comenzó a ganar terreno. Se dio a la tarea de relativizar lo que le dijeron. Él no se llevaba bien con varios miembros de su familia. Además, algunos no merecían vivir por cómo se habían portado con él. Al final del día, Akito estaba convencido de que cumpliría con la obligación que le habían impuesto.

A la mañana siguiente, le comunicó a Junichi su disposición a cumplir con lo acordado y que en un plazo menor a una semana habría matado a un pariente. Le había dado vueltas a qué familiar elegiría. Aunque al principio le resultó difícil, pensó en varias personas que merecían terminar con sus huesos en la tumba. Se decidió por su tío Kichiro Yamaguchi, un comerciante rico y ávaro al que despreciaba con todas sus fuerzas. Recibió una pistola de Junichi y se despidió. Era hora de trazar un plan para no dar con sus huesos en la cárcel.

Akito pasó el día siguiente en su casa, pergeñando un plan que lo colocara ante los ojos de su nueva familia en una posición de privilegio. Estudió la vivienda de su tío, pero rechazó la idea de acometer su plan allí. Estaba bien guardada por cámaras de seguridad, y un guardia apostado día y noche en las puertas de la urbanización. Lo siguió varias veces a su oficina y, tras sopesarlo concienzudamente, se convenció de que lo mejor era esperarlo a la salida del trabajo por la noche.

Pasó días analizando el plan hasta que llegó a la conclusión de que estaba preparado para ejecutarlo con garantías.

Dejó la casa, se subió a su vehículo y se dirigió a las oficinas de su tío Kichiro. Aparcó a unas manzanas de distancia del lugar donde lo abordaría y caminó con una gorra ajustada para que ninguna cámara lo grabara. Caminó despacio pero con determinación; tocó la pistola para asegurarse de que estaba en el lugar adecuado y se congratuló del plan que había diseñado. La Yakuza lo recibiría con los brazos abiertos. Su carrera en el crimen organizado sería meteórica.

Llegó al lugar elegido para la ejecución y se colocó detrás de una furgoneta a la espera de que su tío saliera de la oficina. Los minutos pasaban y el objetivo no aparecía. Akito dudaba de su plan por momentos. La espera empezaba a ser agónica. El corazón comenzó a latir con mayor rapidez y Akito sudaba por todas partes. Los minutos pasaban.

Tic tac, tic tac, tic tac.

Iba a perder la paciencia.

Estuvo a punto de marcharse, pero oyó una puerta cerrarse y unos pasos que se acercaban.

El corazón le latía desbocado.

Miró de reojo y vio la figura de su tío acercarse. Cuando llegó a su altura, salió del escondite y se colocó delante de su tío.

—¡Alto, Kichiro! —Lo apuntó con el arma

—¿Sobrino?

La sorpresa de Kichiro fue mayúscula al ver a Akito empuñando una pistola.

—¿Necesitas dinero? Te lo daré.

—No, ha llegado tu hora, bastardo.

—¿De qué me hablas? ¿Has perdido la razón? Soy tu tío Kichiro.

—Maldito ávaro, vas a morir.

Akito apuntó a la cabeza para acabar con la vida de su tío. Apretó el gatillo, pero la pistola solo hizo clic. La revisó y se dio cuenta de que no tenía balas.

—¿Esto qué es, una broma? —dijo el tío.

El mundo se le cayó encima. Salió corriendo. No tenía palabras para describir cómo se sentía. Llamó por teléfono a Junichi para explicarle lo sucedido. Quedaron en el trastero de un bar cercano unas horas después. Akito esperó paciente a las puertas del local, escondido en el umbral de un negocio cerrado. Desde allí podía divisar las entradas al bar. La figura de su introductor a la familia Yamaguchi entró y se dirigió al bar. Akito abrió la puerta y le habló.

—Junichi, intenté ejecutarlo, pero la pistola estaba vacía.

—¿Por qué no lo comprobaste antes de llevar a cabo el asesinato?

El mundo se le cayó encima cuando pensó en su error. Cómo pudo ser tan poco previsor.

Uno de los asistentes, un superior de Junichi, le habló:

—Mira, esto es lo que deberías haber hecho.

Abrió el tambor de la pistola, comprobó que estaba vacío y lo cargó con seis balas.

—Ahora está lleno. Esto es lo que hace un buen profesional.

—Aprendí la lección.

—Demasiado tarde.

Lo apuntó con la pistola a la cabeza y disparó tres veces.

Pum, pum, pum. Le abrió tres boquetes en la frente, de los que emanaban chorros de sangre.

Una persona que no preveía, no tenía cabida en la familia Yamaguchi. No podían permitirse el lujo de reclutar a criminales aficionados. Por ello la Yakuza mantenía una reputación impoluta. Para ingresar en ella, tenían que ser los mejores profesionales del lugar. No era el caso de Akito.

Y se repetía a menudo. Jóvenes que buscaban la gloria rápida. No había atajos para el crimen. Un fallo minúsculo te llevaba a la cárcel y al desmantelamiento de la organización. Y eso era una carga dura que no se podían permitir.

—Que pase el siguiente.